

LA EDUCACIÓN EN DEBATE II

Selección de Diego Rosemberg

#31
#77

La colección *Políticas educativas* se presenta como plataforma de textos ubicados en una zona de frontera entre los debates propios de la gestión pública, las discusiones que se dan dentro del ámbito universitario y las preocupaciones que tienen eco en la sociedad en general, muchas veces a través del filtro de los medios de comunicación. En ese sentido, esta colección se adentra en la dimensión política de las formas de transmisión del conocimiento y la construcción ciudadana, así como en los perfiles de las instituciones educativas de nuestro tiempo, para desde allí indagar en sus efectos emergentes y aventurarse en los aún desconocidos.

La educación en debate II

La educación en debate II

Selección de Diego Rosemberg

Sebastián Abad	Mariana Liceaga
Luciana Aguilar	Lucía Litichever
Esteban Amador	Florencia Maderna Negrin
Daniel Oscar Arias	Andrea Molinari
María Elena Barral	Julián Mónaco
María Mónica Becerril	Alejandro Morduchowicz
Leandro Bottinelli	Rodolfo Murúa
Adrián Cannellotto	Liliana Pascual
Agustina María Corica	Julia Pasin
Flavia Costa	Héctor Ponce
Claudia Daniel	Adriana Puiggrós
María Laura Diez	Darío Pulfer
Enrique Di Rico	María Emilia Quaranta
Oscar Daniel Duarte	Diego Rosemberg
María del Carmen Feijóo	Patricia Sadovsky
Denise Fridman	Ruth Schaposchnik
Rodrigo Gabriel	Silvia Segal
Patricia García	Cecilia Sleiman
Patricio Grande	Cora Steinberg
María Eugenia Grandoli	Emilio Tenti Fanfani
Verónica Grimaldi	Marcela Terry
Mariela Julia Hernández	Natalia Carolina Wiurnos
Diego Herrera	Marta Zamero
Camila Hourcade	Sandra Ziegler
Horacio Itzcovich	Graciela Zilberman
Marcelo David Krichesky	

La educación en debate II / Diego Rosemberg ... [et al.] ; compilado por Diego Rosemberg; editado por Diego Herrera ; prólogo de Emilio Tenti Fanfani. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : UNIPE: Editorial Universitaria, 2021. Libro digital, PDF - (Políticas educativas ; 8)

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-3805-60-8

1. Política Educacional. 2. Estado y Educación. I. Rosemberg, Diego, comp. II. Herrera, Diego, ed. III. Tenti Fanfani, Emilio, prolog. CDD 306.432

UNIPE: UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL

Adrián Cannellotto

Rector

Carlos G.A. Rodríguez

Vicerrector

UNIPE: EDITORIAL UNIVERSITARIA

Directora editorial

María Teresa D'Meza Pérez

Edición y corrección

Diego Herrera

Edición del suplemento La educación en debate

Diego Rosemberg

Diseño y diagramación

Oscar Bejarano

Selección de artículos

Diego Rosemberg

© De la presente edición, UNIPE: Editorial Universitaria, 2021

Piedras 1080 - (C1070AAV) Ciudad Autónoma de Buenos Aires

www.unipe.edu.ar

Contacto: editorial.universitaria@unipe.edu.ar

1ª edición, mayo de 2021

Se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento o la transmisión de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, siempre que: se reconozca la autoría de la obra original y se mencione el crédito bibliográfico de la siguiente forma: Rosemberg, Diego (sel.), *La educación en debate II*, Buenos Aires, UNIPE: Editorial Universitaria, 2021;

- no se modifique el contenido de los textos;
- el uso del material o sus derivados tenga fines no comerciales;
- se mantenga esta nota en la obra derivada.

ISBN 978-987-3805-60-8

Índice

PRESENTACIÓN

<i>Diego Rosemberg</i>	11
------------------------------	----

PRÓLOGO

Las ciencias de la educación como ciencias públicas

<i>Emilio Tenti Fanfani</i>	13
-----------------------------------	----

Política educativa: ¿tecnologías sin ideas?

<i>Adrián Cannellotto</i>	19
---------------------------------	----

Nuevas formas de privatizar las aulas

<i>Leandro Bottinelli</i>	25
---------------------------------	----

¿Se puede medir la educación?

<i>Leandro Bottinelli (dir.), Claudia Daniel, María Eugenia Grandoli, Julia Pasin, Cecilia Sleiman y Emilio Tenti Fanfani</i>	31
---	----

Destruyendo mitos: las pruebas estandarizadas

<i>Liliana Pascual</i>	37
------------------------------	----

¿Es posible importar un método de enseñanza?

<i>Patricia Sadovsky</i>	43
--------------------------------	----

La escuela pública, ¿es heterogénea?

<i>Leandro Bottinelli</i>	49
---------------------------------	----

Territorios desiguales y educación

<i>Cora Steinberg</i>	55
-----------------------------	----

El financiamiento, la nación y las provincias

<i>Alejandro Morduchowicz</i>	61
-------------------------------------	----

¿La escuela soluciona las desigualdades sociales?	
<i>Emilio Tenti Fanfani</i>	67
Ni estatales ni privadas: escuelas de gestión social	
<i>Diego Rosemberg</i>	73
¿La escuela es un escenario de violencia?	
<i>Diego Herrera, Mariana Liceaga y Julián Mónaco</i>	79
¿Qué es injusto en la escuela?	
<i>Denise Fridman y Lucía Litichever</i>	85
Doble jornada: más horas, ¿mejor educación?	
<i>Luciana Aguilar y Marcela Terry</i>	93
¿Cómo se aprende a leer?	
<i>Marta Zamero</i>	99
¿Qué historia cuentan los actos escolares?	
<i>María Elena Barral, Natalia Wiurnos y Patricio Grande</i>	105
¿Para qué sirve la tecnología en el aula?	
<i>Daniel Oscar Arias, María Mónica Becerril, Enrique Di Rico, Rodrigo Gabriel, Patricia García, Verónica Grimaldi, Camila Hourcade, Horacio Itzcovich, Rodolfo Murúa, Héctor Ponce, María Emilia Quaranta, Ruth Schaposchnik, Silvia Segal y Graciela Zilberman</i>	111
¿Para qué sirve ir a la escuela?	
<i>Oscar Daniel Duarte</i>	117
¿Por qué repiten el secundario?	
<i>Marcelo David Krichesky</i>	123
¿Sirve repetir en el secundario?	
<i>Mariela Julia Hernández y Florencia Maderna Negrin</i>	129
¿La secundaria debe formar emprendedores?	
<i>Julián Mónaco</i>	135

¿Cuánto vale hoy el título secundario?	
<i>Agustina María Corica</i>	141
La explosión de la educación técnica	
<i>Diego Herrera</i>	145
Enseñar y estudiar en escuelas rurales	
<i>Mariana Liceaga y Julián Mónaco</i>	149
Escuela y migrantes, ¿igualdad en la diversidad?	
<i>María Laura Diez</i>	155
La igualdad de género en el sistema educativo	
<i>María del Carmen Feijoó</i>	161
El micromachismo en la escuela	
<i>Mariana Liceaga y Julián Mónaco</i>	167
¿Qué pasa con el lenguaje inclusivo en la escuela?	
<i>Diego Herrera</i>	173
¿Qué es aprender a enseñar?	
<i>Andrea Molinari</i>	179
Pensar la docencia de otro modo	
<i>Patricia Sadovsky</i>	185
¿Existe la vocación docente?	
<i>Mariana Liceaga</i>	191
¿Evaluar al maestro?	
<i>Diego Rosemberg</i>	197
¿En qué condiciones trabajan los docentes?	
<i>Diego Rosemberg</i>	201
Salarios docentes: ¿el fin de una política de Estado?	
<i>Leandro Bottinelli</i>	207

¿Por qué faltan los docentes?	
<i>Leandro Bottinelli</i>	213
¿Cuál es el rol de un director de escuela?	
<i>Leandro Bottinelli</i>	219
Los nuevos roles en la escuela	
<i>Diego Herrera</i>	225
¿Qué se espera de la universidad?	
<i>Adrián Cannellotto, Sebastián Abad y Esteban Amador</i>	231
Universidad: ingreso y gratuidad	
<i>Julián Mónaco</i>	237
Arancelamiento universitario: ¿un debate superado?	
<i>Adriana Puiggrós</i>	241
Setenta años de gratuidad universitaria	
<i>Darío Pulfer</i>	247
¿Por qué eligen las universidades privadas?	
<i>Sandra Ziegler</i>	253
El mundo de la edición universitaria	
<i>Flavia Costa</i>	259
SOBRE LOS AUTORES Y LAS AUTORAS	265

¿La escuela es un escenario de violencia?

Diego Herrera, Mariana Liceaga y Julián Mónaco
(octubre de 2016)

UN ALUMNO LE PEGÓ Y ROCIÓ CON AEROSOL a una profesora de Química porque no le gustó la nota que le puso. Con ese título de junio, Infobae se sumó a la lista de medios masivos que ponen la lupa en las violencias que las comunidades desatan en la escuela: el adolescente que amenazó de muerte al profesor o ingresó armado, la madre que golpeó a una directora, o los casos del ahora llamado *bullying*. Dice una vieja definición: noticia no es que un perro muerda a un hombre sino que un hombre muerda a un perro. El criterio de noticiabilidad que marca gran parte de la agenda mediática hace que la excepción se confunda con el hábito y, así, hechos que ocurren esporádicamente cobran una presencia desmesurada. En cambio, las violencias que muchos niños, niñas y adolescentes sufren todos los días son silenciadas. Por eso, si se toma en cuenta la vulnerabilidad de la población más joven de las periferias, la escuela –lejos de ser un lugar violento– parece ofrecer cierta protección y amparo. «En un contexto de múltiples violencias, la escuela es un lugar de contención –señala Daniel Ferro, director de la Escuela Primaria N° 10 de Barracas–. El pibe no nos cuenta que se desbordó la tapa de la cloaca en su casa, pero sí que la madre le pegó con el cinto o que el padre le pegó a la madre porque estaba alcoholizado. Eso nos llega porque la escuela se transforma en un lugar de acompañamiento y creo que también de involucramiento».

Las noticias que hacen foco en episodios brutales casi nunca reparan en las violencias cotidianas que los propios alumnos padecen. Hacia finales de 2015, durante una serie de clases de Lengua y Literatura en una escuela secundaria de la Comuna 4 de la Ciudad de Buenos Aires,¹ se les pidió a los estudiantes que describieran sus barrios. A raíz de esa consigna surgieron varios aspectos –la mayoría ligados a situaciones con distintos grados de violencia– que preocupan a estos adolescentes. Los robos (y la violencia que los rodea) son el aspecto del que más se quejan: «Mi barrio está lleno de robos, autos desmantelados y quemados, balceras cada semana»; «vi gendarmes disparando a ladrones»; «hay guachines que roban a la gente que pasa con sus hijos». También asocian las drogas con

1. Se omiten los nombres de la institución y de los estudiantes porque no fueron textos escritos para ser publicados.

situaciones violentas: «Transas vendiendo al lado de los chicos muestran los fierros. Cuando se agarran a tiros no les importa nada quién está»; «mi barrio es feo porque la droga corre por todos lados [...] la venden enfrente tuyo y no podés hacer nada porque te matan». Las muertes por armas de fuego aparecen en varias de las descripciones: «Cuando las mamás escuchan un tiro salen corriendo a ver si sus hijos están bien»; «en las iglesias se ven muchas fotos de chicos muertos por las balas». En otros casos, las fuerzas de seguridad aparecen, por acción u omisión, como generadoras de violencia: «Hay gendarmes abusando de su autoridad»; «los policías nunca hacen nada, están sentados tomando mates. A veces boludean dando vueltas en la camioneta, o si no se agarran a tiros con los pibes que paran en la esquina».

Estos estudiantes también registran otras violencias menos estridentes pero de mayor persistencia. Las condiciones de vivienda y la urbanización precaria constituyen una realidad que los inquieta: «La gente vive en casas en mal estado»; «tachos de basura quemándose, perros muertos en la calle, vagabundos pidiendo pan, gatos muertos por los perros»; «nenes con ropa toda sucia y rota»; «hay mucha basura en los botes de basura». En menor medida, aparecen referidos episodios de violencia intrafamiliar contra niños, niñas y mujeres: «Chicos y chicas violados por sus familias, nenes y nenas golpeados muy mal. Mujeres abusadas, maltratadas por su propio marido o padre».

Si bien algunos de estos textos rescatan rasgos de solidaridad («algunos vecinos son buenos»; «hay mujeres que trabajan en comedores para personas necesitadas»; «hay madres que ayudan a los más necesitados»; «hay gente que a la mañana se levanta temprano y se saludan y trabajan todos juntos, se llevan muy bien y se cuidan las cosas entre todos»), predomina una visión negativa del barrio. En el libro *La violencia en los márgenes. Una maestra y un sociólogo en el conurbano bonaerense*, María Fernanda Berti y Javier Auyero subrayan que hablar sobre la violencia en las periferias puede utilizarse para reforzar estereotipos. Sin embargo, si no se rompe ese silencio, parecería que esta violencia no existe. Es claro que se trata de un escenario que los vecinos no eligen, sino que, más bien, les es impuesto por un territorio regido por relaciones económicas desarrolladas en marcos de informalidad, precariedad y, a veces, ilegalidad. En consecuencia, las maneras de resolución de los conflictos también tienen poca institucionalidad. No se trata solo de ausencia del Estado, sino de formas específicas que este tiene de operar sobre determinados territorios.

¿MORALIZAR O DIALOGAR?

Estas violencias del contexto, en ocasiones, son reforzadas por ciertos mecanismos institucionales. Griselda Galarza, docente de la Escuela de Enseñanza Media N° 3 del Bajo Flores, expone el problema: «Cuando uno entra en la sala de profesores y escucha “pobrecito, cómo va a entender si recién llegó de Bolivia”, estamos claramente ante una violencia en el terreno de lo simbólico». Este tipo de acciones, según Galarza, tiene consecuencias de largo alcance: «Cuando el

adulto etiqueta, predestina un futuro. Si yo digo “este pibe va a ser chorro”, no es algo menor porque la etiqueta se internaliza».

Norma Ibarra es auxiliar docente de la Escuela Secundaria Técnica de la Universidad Nacional de Avellaneda, donde además estudian sus tres hijos. La institución está en Wilde y recibe, en gran medida, a estudiantes del barrio Azul. «Creo que lo más violento que escuché en mi vida fue decir a un profesor de la Escuela N° 20 de Wilde: “¿Para qué luchar por ese chico que no tiene futuro?”», recuerda. Por otra parte, Ibarra dice que a veces los docentes no tienen en cuenta las realidades de los alumnos: «Si un chico no tiene un lápiz, le preguntan qué hace su padre. No le preguntes, porque tal vez el papá eligió comprar un litro de vino y no un lápiz». Galarza reflexiona sobre estas limitaciones de los docentes: «Cuando nos encontramos con la dificultad en la escuela, el modo que tenemos de defendernos y reaccionar es etiquetando: “Con este pibe no se puede”, “mirá la familia que tiene”. Seguramente son cosas que forman parte de la realidad del pibe, el tema es ver qué hacemos con eso, qué escena le montamos al pibe para que pueda encontrar otra cosa».

En otras ocasiones, los docentes logran desarmar esos mismos estigmas. Silvia Duschatzky –investigadora de Flacso Argentina– recuerda que en una escuela de Parque Patricios, cuando una docente les preguntó a los chicos de quinto año qué querían hacer al terminar la escuela, una adolescente respondió: «Yo, puta». «Cuando salen al recreo –cuenta Duschatzky–, la docente se le acerca y le dice: “Macarena, sabés que no está bueno porque no la vas a pasar bien. Vas a tener que hacer cosas que no te gustan, te van a maltratar y no vas a ganar un mango. No creas que es lo que vos escuchás en la tele de ciertos personajes que eligen ser gatos y tienen mucha guita. Te van a someter. Yo a vos te veo actriz”».

Entonces, ¿qué hace y qué puede hacer la escuela para no reforzar las violencias que muchos chicos sufren afuera? Más allá de sus límites, parece ser un ámbito de relativa protección frente a las violencias más crudas. Auyero y Berti investigan las acciones que producen daño físico en el barrio Arquitecto Tucci de Lomas de Zamora. Este trabajo tuvo su raíz en la constatación de una realidad preocupante: cada vez mueren más jóvenes en la periferia de la Provincia de Buenos Aires. Pese al relato de episodios muy crudos, los investigadores aclaran: «En los dos años y medio que duró nuestra investigación, fue escasa la agresión física interpersonal que presenciamos en el interior de los establecimientos educativos».²

En junio del año pasado, el asesinato de Agustín Marrero a manos de su padrastro puso en escena, por un lado, la violencia que muchos niños sufren fuera de la escuela; y, por otro, los límites de la institución escolar para prevenir estos casos. Elsa Vincová (53), la directora del Jardín N° 2 del barrio porteño de Flores al que concurría el niño de cinco años, y Alejandra Bellini, la docente de la sala, fueron separadas de sus cargos. El argumento fue que no habían

2. Auyero, Javier y Berti, María Fernanda, *La violencia en los márgenes. Una maestra y un sociólogo en el conurbano bonaerense*, Buenos Aires, Katz, 2013.

tomado los recaudos suficientes para evitar la muerte de Agustín. La medida provocó el único paro docente de todos los sindicatos porteños durante el último gobierno de Mauricio Macri en la Ciudad. Finalmente, la maestra y la directora fueron reincorporadas. El intento de responsabilizar a las docentes por la muerte del niño terminó por poner en escena la falta de recursos y de apoyo de otras instituciones.

Daniel Ferro habla de «hipocresía gubernamental»: «Hay protocolos y muchas comunicaciones que indican cómo proceder. Pero a la hora de los hechos, muchas veces quienes deberían actuar no lo hacen. Las defensorías zonales o el Consejo de los Derechos del Niño están completamente vaciados de recursos. Se plantea un protocolo, pero después los organismos no tienen los profesionales suficientes para seguir los casos». La sensación que queda en las escuelas –agrega Ferro– es que los protocolos apenas sirven para cubrirse legalmente y no resuelven nada: «Al día siguiente quizá al pibe lo recontra sacudieron en la casa, pero se supone que el directivo hizo lo que tenía que hacer».

Ferro confía en el diálogo con las familias para resolver los conflictos. «Muchas de las situaciones que salen en los medios –dice– son extremas y tienen circunstancias muy específicas. Creo que cuando la escuela tiene capacidad de escucha es difícil que haya una reacción violenta de los padres». Sin embargo, para que la estrategia funcione, la escuela, en lugar de moralizar, debe estar preparada para dialogar: «Quizá muchas veces estamos esperando a los papás para retarlos, para “pegarles”. Somos un lugar más donde el Estado le pega a ese padre que ya viene fragilizado. Si la escuela se convierte en otro lugar de lo punitorio, del permanente dedo que señala e indica lo que está bien y lo que está mal, estamos abonando un campo fértil para que haya una reacción violenta».

«No alcanza con sacar del aula al fulanito que es el violento para tener una charla larguísima –opina Galarza–. El que empuja al otro y le dice “boliviano de mierda” se anima a ponerlo en acto, pero seguramente lo piensan muchos otros. Entonces, la discusión hay que reponerla en términos colectivos». Según la docente, los consejos de convivencia pueden ser una herramienta para abordar estas problemáticas: «Sirven cuando se arma un cuerpo de estudiantes delegados y cada vez que hay un problema se discute en ese ámbito. Puede ser un ámbito donde los pibes discutan entre pares».

En 2014, el Observatorio Argentino de Violencia en las Escuelas elaboró un informe sobre la percepción acerca de la convivencia, el conflicto y la violencia en la escuela.³ Para ello fueron entrevistados 26.626 alumnos del nivel secundario –de escuelas públicas y privadas– en las veinticuatro jurisdicciones del país. Un dato alentador: el 84% dijo sentirse bien en el colegio. En cuanto a la percepción de la violencia en las escuelas a las que los entrevistados asisten, el 67% opinó que es «poco y nada grave». En cambio, cuando estos adolescentes opinan sobre la vio-

3. «Relevamiento estadístico sobre clima escolar, violencia y conflicto en escuelas secundarias según la perspectiva de los alumnos», Buenos Aires, Ministerio de Educación de la Nación, 2014.

lencia en otras escuelas de la zona, casi la mitad percibe que es «muy y bastante grave». Es significativo que cuando los alumnos no experimentan la realidad de manera directa perciben un escenario más violento. Para explicar el fenómeno no puede despreciarse el efecto que las noticias difundidas por los medios tienen en la formación de la percepción sobre la violencia en las escuelas.

El informe, por último, realiza un análisis interesante de los datos obtenidos: «El hecho de ser alumno de escuela de gestión estatal se acompaña de una alta percepción de la violencia, pero de un bajo reporte de violencia sufrida o realizada; mientras que a la inversa, el hecho de ser alumno del sector privado se acompaña de una menor percepción de la violencia pero una mayor tendencia a haber sufrido o provocado violencia». Es decir, la percepción relativamente alta sobre la violencia en la escuela pública no se correspondería con la violencia efectivamente sufrida o ejercida.

ADENTRO Y AFUERA

«Anoche estábamos comiendo con mi familia y empezamos a escuchar tiros. Al otro día me levanté para venir a la escuela, abrí la puerta de mi casa y ahí nomás había un charco de sangre. Quedé tildado», dice Facundo Canteros. Este chico de 16 años se crió en el barrio Azul y es estudiante de primer año de la Escuela Secundaria Técnica de la Universidad Nacional de Avellaneda. En la escuela se siente cuidado: «Acá me despejo de todo. A veces había choques con los chicos que venían de Isla Maciel, pero ahora se calmó todo y nos hablamos bastante bien».

Norma Ibarra vive solo a unas cuerdas de la casa de Facundo, pero tiene varios años más que él. Su experiencia de vida sintetiza muchas de las violencias a las que están expuestos los vecinos de los barrios de la periferia: «Muchas veces las mujeres acá sobrevivimos. Capaz que tenemos un marido alcohólico o un pibe en la droga. Tenés que convivir con la delincuencia. Se te enfermaron tres hijos y en el hospital te dicen que llesves al más enfermo. No te dan tres turnos. Todo el tiempo tenemos que dar explicaciones de por qué tuvimos hijos. Capaz que una mina con título de doctora te dice: “¿Para qué esperó que se le enfermaran los tres?”».

La palabra *violencia* es muy usada pero muy poco precisa. Se la utiliza para nombrar y explicar fenómenos disímiles. Además, cuando se habla de ella, generalmente se la asocia a la inseguridad: un mal que solo sufrirían las clases medias y altas. «No tengo un mapeo de violencias, pero es un tema ríspido. El problema más grave es que se tiende a ubicar dos lugares: el del violento y el del violentado. Y esa es una de las grandes encerronas que se produce: generalmente cada vez que se cae en ese binarismo sale lo peor de nosotros como grupo social», reflexiona Silvia Viñas, integrante de la Cátedra Libre de Derechos Humanos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. «La violencia de la criminalidad o el delito –plantea– no tienen visibilidad ni valor cuando ocurre en la villa. En un determinado barrio genera alarma, en otro pasa desapercibida.

Entonces, el tema no es negar la violencia sino trabajarla desde un lugar que no lleve a binarismos ni alarmismos».

La escuela sigue siendo fuente de innumerables violencias simbólicas, pero – también hay que decirlo – conserva cierta eficacia para preservar a su comunidad de otras violencias más extremas que ocurren afuera: violencia de las fuerzas de seguridad; violencias ligadas a la vulneración de derechos a la vivienda, la salud, los servicios básicos, el transporte; violencia intrafamiliar; violencia de las organizaciones criminales, etc. Una y otra vez se escucha que a la escuela se le pide demasiado, pero quizá sea una de las pocas instituciones que aún puede dar respuesta a esos pedidos. La mayor fragilidad de la institución escolar radica en no ayudar a extender esa relativa calma más allá de sus puertas. Esto se explica por un vínculo débil con las familias, las comunidades y las organizaciones de los barrios. La escuela es un lugar propicio para conocer y acercarse a las causas de distintos hechos violentos. Ahora bien, para poder hacerlo hay que ensanchar sus límites: ir más allá del aula y de la sala de profesores.